

Unima pidió á Colon que mandase á la india obedecerle.

El almirante se acercó á Lianata y ofreciéndola una cruz:

—Toma,—le dijo;—mientras lleves contigo esta reliquia no te abandonará la fé.

La india besó la cruz.

—Ven, ven ahora conmigo,—dijo Unima;—Quibiam te espera.

—Quibiam... ¡Ah! Si... ya recuerdo... Quibiam, mi querido esposo... Corramos, corramos á su lado; quiero que participe de mi fé, que goce las delicias que á mí me sonrien.

Y besando la cruz, siguió á Unima á la canoa que habia conducido al cacique de Guaniguanito, partiendo á la playa.

Lianata estaba desfallecida.

Le faltaban fuerzas para andar el camino que le separaba de la morada de Quibiam.

Unima se cogió de su brazo, y no tardó en llegar con él á la solitaria caverna en donde vivia Quibiam sufriendo su desgracia, y acariciando la venganza que proyectaba tomar de los españoles.

Capitulo XXXVI.

Ultimos momentos de Lianata.

Al ver en su presencia á Lianata, todos los sentimientos, todas las ideas que abrigaba Quibiam, desaparecieron.

Se olvidó del horrible martirio que habia sufrido, se olvidó de que los españoles estaban en sus territorios, y durante algun tiempo fué tanta su emocion, que ni aun pudo preguntar á Unima cómo habia llegado á su poder Lianata.

La jóven fijó en él su mirada con un vivo deseo de reconocerle, y sin embargo, como si tuviera un velo en sus ojos, pasó el índice de sus manos sobre ellos para alejar la sombra que le impedia ver á Quibiam como le habia visto en otro tiempo.

—Lianata, esposa mia,—exclamó el rey, estrechando en sus brazos á la jóven.

—¿Quién eres?—preguntó Lianata, separándose de Quibiam.

—¿No me reconoces?

—Sí... sí; pero no acierto á saber quién eres.

Quibiam fijó en ella sus ojos, y al ver la vagedad de su mirada se estremeció.

—¿Qué es esto, Unima?—preguntó al cacique.

—Esto es una desgracia, pero no tan grande como la que llorábamos.

—Explicate.

Unima refirió á Quibiam todo lo que habia pasado á Lianata, desde el momento en que la habia dejado en un buque próximo á partir á España para ir á comunicarle la abjuracion de la jóven india.

—Los extranjeros la han hechizado,—dijo Quibiam;—pero no importa. Yo buscaré los medios de devolverle la razon.

Y como poseia el secreto de curar las enfermedades por medio de yerbas y de conjurar el peligro por completo, despertó, como él decia, el alma dormida de la jóven.

Todos cuantos esfuerzos hizo fueron inútiles.

Lianata le manifestaba un entrañable afecto.

Pero no queria apartarse de la cruz bendita, y cuando Quibiam la veia próxima á recobrar su razon, el éxtasis que experimentaba contemplando el símbolo de la Redencion le hacia caer de nuevo en el delirio que le producía su enfermedad.

—Los extranjeros han desembarcado en las pla-

yas, y han empezado á construir casas cerca del rio de Belen,—dijeron á Quibiam.

—No importa,—contestaba;— yo vivo sólo para Lianata; cuando la salve castigaré á mis enemigos.

Y la llevaba de tribu en tribu para que en todas ellas distrajesen su alma con festejos, y cada dia empleaba un nuevo medio para endulzar sus males.

Un anciano indio le aseguró que en la isla de Cariari habia un butio muy sábio que curaba las enfermedades de los caciques.

Quibiam envió un emisario al butio para que fuese á Veragoa.

Era un anciano que no podia moverse, y aseguró que no ejercia su poder más que dentro de la isla.

Quibiam partió para Cariari con Lianata y los caciques principales.

El butio interrogó á la jóven.

Despues de un minucioso exámen:

—Déjame á solas con Quibiam,—exclamó.

Al hallarse sin testigos, le dijo:

—El único medio que tienes de salvarla la vida, es arrebatar de sus manos ese objeto que tanta veneracion le inspira.

El butio aludia á la cruz.

Quibiam, resuelto á obedecer las órdenes del butio, volvió con su comitiva á Veragoa, y allí empleó todos los medios suaves y cariñosos para separar la cruz de Lianata.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

—En cuanto me separe de esta cruz,—dijo la jóven,—moriré al tercer día.

Lianata no la abandonaba ni aun cuando el sueño cerraba sus ojos.

Hasta entonces habia respetado Quibiam su voluntad.

Pero en vista del peligro que corria, resolvió aprovecharse del sueño de la jóven para arrebatarse la cruz.

Así lo hizo, en efecto.

Al ver que habia desaparecido desus manos aquel signo santo, la desesperacion se apoderó de Lianata.

El dolor hizo brotar lágrimas de sus ojos.

Las lágrimas desahogaron su oprimido pecho, y lanzando un grito, porque acababa de reconocer á Quibiam, colmó de alegría al monarca.

—Quibiam, esposo mio,—dijo Lianata.

—El butio no me engañó,—pensó Quibiam.

Ebrio de gozo, dispuso que se solemnizara con grandes festejos lo que él llamaba la resurreccion de Lianata.

Convocó á los caciques de todas las tribus de su territorio, hizo que se quemara resina de caoba en los altares de los tzimes, mandó á los butios que celebrasen ceremonias en accion de gracias, y las vírgenes, pulsando la maricuba, entonaron al rededor de su palacio los arcitos de la alegría.

Lianata se habia animado.

Sus facciones habian tomado la expresion, la vida

que en otro tiempo habian servido para fascinar á Quibiam.

Hasta se habia olvidado de la religion de los españoles, y como los demás indios, veneraba los tzimes.

Pasó el primer día en medio de un júbilo general.

Pasó el segundo, y la felicidad continuó sonriendo á los habitantes de Veragoa.

Pasó el tercero, y en medio de la fiesta lanzó de pronto Quibiam un grito desgarrador.

El rey de Veragoa sostuvo á la jóven en sus brazos.

—Adios, adios para siempre,—balbuceó la jóven.

Quibiam se estremeció al ver que sus manos estaban heladas.

—El ángel de mi guarda,—añadió la jóven con voz que apenas se percibia,—ha venido á buscarme. El me devuelve la cruz que arrebatásteis de mis manos, y me conduce á implorar el perdon del Dios justo para que me conceda la gloria eterna. Respeta á los cristianos y ámalos como yo los amo, y en la otra vida te devolveré la vida que ahora te arrebató.

Los ojos de Lianata se cerraron.

—¡Ha muerto!... ¡Ha muerto!—exclamó Quibiam.

En aquel momento llegó un cacique.

—Rey y señor,—le dijo,—los blancos han querido esclavizar á algunos de tus vasallos, y al oponerles resistencia, han disparado el rayo contra ellos. La sangre de los indios de Veragoa se ha derramado.

—Yo los vengaré... Yo te vengaré, Lianata mia; lo juro sobre tu cabeza,—dijo Quibiam.

Y entregando á las vírgenes el cadáver de la pobre india:

—Llamad en torno mio á los caciques de las tribus doráceas y gumies, á todos mis vasallos que moran desde el Tebra hasta el Urira. Los blancos perecerán bajo los golpes de nuestras envenenadas flechas.

El tigre volvió á convertirse en leon; pero no tardó en comprender que su fuerza era inútil, y como le devoraba la sed de venganza, volvió á empuñar las armas de la astucia.

Capítulo XXXVII.

Astucia de los indios.

Los españoles habian visto con suma satisfaccion terminadas las casas que debian servir para habitacion de los colonos de Veragoa.

Ningun obstáculo habia turbado sus tareas, y al ver que Quibiam no oponia resistencia alguna á su dominacion, se entregaron á las más halagüeñas ilusiones.

Las embarcaciones permanecian en el rio, y un inexperado suceso vino á turbar la satisfaccion de los españoles.

El agua del rio habia ido disminuyendo hasta el punto de no ofrecer más que media braza de calado.

Fué preciso, por lo tanto, renunciar al propósito de partir á noticiar á España el gran descubrimiento que habian verificado.